

nas podía sostenerse á caballo y su debilidad era excesiva; hasta el punto de tener que trasladarlo en litera para que pudiera llegar á Jerusalem. Empero su valor era tan levantado, que dirigía aún nuevos proyectos y señalaba la ruta que debían seguir otras expediciones. Cinco semanas estuvo el ilustre guerrero en el lecho del dolor y en medio de atroces sufrimientos y después de haber sabido que Caïphas se había rendido, recibió con cristiana resignación los Santos Sacramentos y entregó su alma á Dios el 17 de julio de 1100.

¿Había el augusto caudillo de la cristiandad sucumbido al veneno? Nada de cierto nos dice la historia; si bien se cuenta que en su postrera expedición recibió de algún amir ciertos regalos y exquisitas frutas.

Godofredo de Buillón al bajar al sepulcro dejó un nombre ilustre, cargado de laureles, que siempre recordará las grandes victorias de los primeros cruzados. Se le ha citado con justicia como modelo acabado digno de imitarse por sus virtudes, por su sobriedad, por su bravura en los combates y su magnanimidad después de la victoria. Se dice que su fuerza era extraordinaria y corría parejas con su valor y arrojo; Godofredo fué el tipo del caballero cristiano y como, tal el fiel representante del Vicario de Cristo. Contestando á una de tantas exigencias de los cruzados, dijo: «que la torre de David y la ciudad de Jerusalem pertenecían en toda soberanía á la Iglesia, en el caso que muriese sin sucesión.»

La muerte de Godofredo trajo naturalmente graves trastornos que fueron acallados al empuñar el cetro de Jerusalem Boduino I. Tancredo tomó posesión del principado de Antioquía.

El reinado de Boduino I tuvo muchas alternativas; empero los reveses no impidieron que sus territorios aumentasen. Si las calamidades de la guerra traían en pos de sí el hambre, la peste, la disenteria y otras muchas enfermedades, ellos mismos se acusaban de haber disminuído su piedad y fervor religioso, haciéndose merecedores de tamaños castigos. Allí el interés personal pocas veces hacía desnudar la espada, blandir la lanza ó empuñar la maza; porque aquellos hombres sólo combatían para alcanzar el reino de los cielos. Dios había confiado la herencia de la virtud y de la fe á la devoción de todos los fieles, y el universo católico respondía de este depósito sagrado. Los enemigos del monarca se multiplicaban de día en día y le tenían agobiado, hasta el punto que tuvo de oír, mal de su grado, las exhortaciones del Patriarca de Jerusalem y del Arzobispo de Pisa. Boduino I puesto de hinojos ante la Cruz del Salvador, dijo: «El juicio de la muerte se halla cerca de nosotros; de todas partes nos rodean los enemigos; sé muy bien que no puedo vencerlos si la gracia de Dios no está conmigo; yo imploro el auxilio del Todopoderoso, y juro establecer la concordia y la paz del Señor.»

Monta enseguida á caballo y se lanza impetuoso al combate; un lienzo blanco que ondea en su lanza sirve de enseña y guía á sus guerreros para que cumplan como buenos sus sagrados juramentos. El entusiasmo renace, la fe inunda de valor los corazones de aquellos varones y por todas partes la victoria corona tantos esfuerzos y tanto heroísmo.

El hermano de Godofredo pudo muy bien haber abandonado el trono que los cruzados erigieran en Jerusalem, cimentado con la sangre de los heroes de la cristiandad. Su valor temerario le hizo perder algunas batallas; pero su bravura, su extraordinaria actividad y su nunca entibiada fe católica le salvaron de tantos contratiempos, de ingratas defecciones y de inmotivadas rivalidades. Deseoso de buscar un camino á propósito para pasar á Egipto, murió rodeado de sus amigos y compañeros, encargando que su cuerpo dispuesto con sal y esencias á la manera de embalsamamiento, fuese enterrado junto al de su hermano Godofredo, al pié del monte Calvario. Había reinado diez y ocho años (1118).

A pesar de tantos contratiempos y veleidades, el poder de los cristianos en Oriente había aumentado durante el reinado de Boduino I. Arsur, Cesárea, Tolemaida, Trípoli, Biblos, Beyrouth y Sidón fueron incorporadas al imperio, los cruzados adquirieron fuerza y respetabilidad, aumentó la legislación, repobló la Ciudad santa amparando á los cristianos diseminados por Arabia, Siria y Egipto, dotó con esplendidez las iglesias, erigió en obispado la de Bethleem y fundó varios establecimientos religiosos.

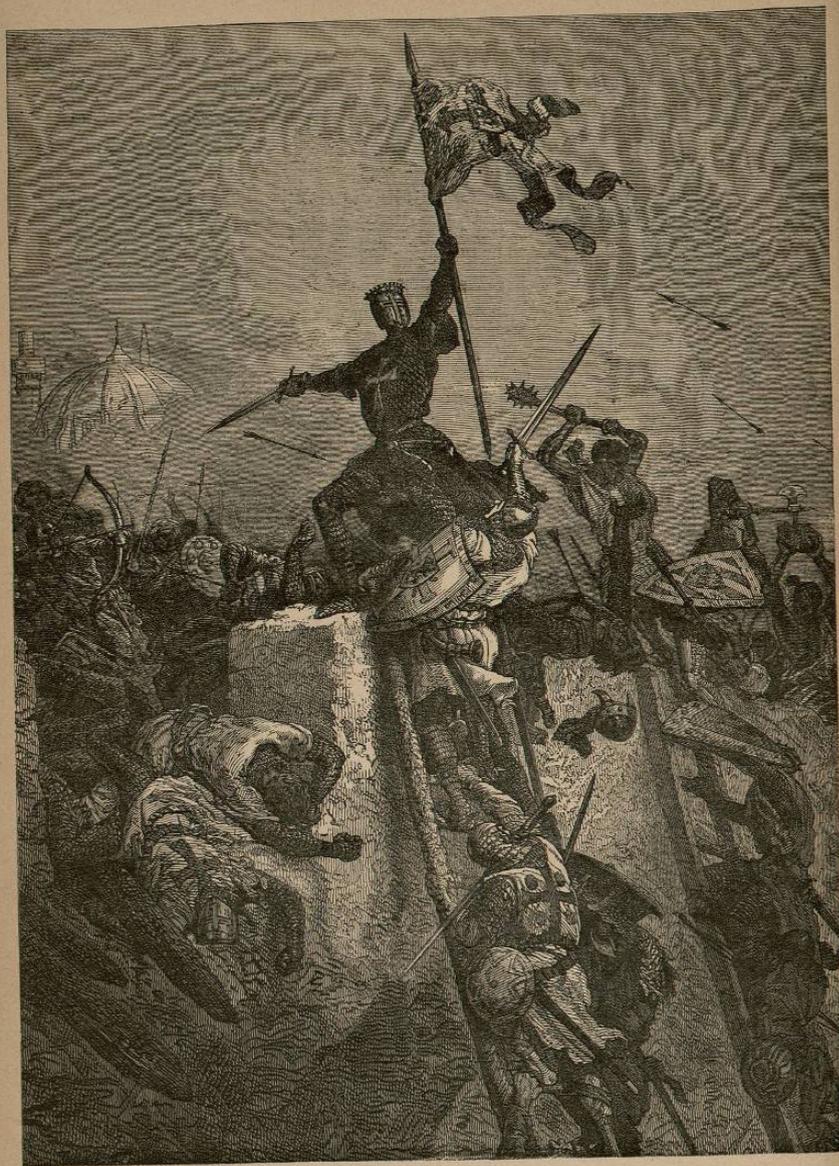
Muchos guerreros de gran fama habían bajado al sepulcro en estos tiempos; entre ellos no debe pasar en silencio el tan renombrado Tancredo.

Si antes Boduino había sido altanero y ambicioso, apenas ocupó el trono de Godofredo ejerció la templanza, la moderación y la clemencia, siguiendo el ejemplo que tanto había enaltecido á aquél que en las batallas tenía la fiereza del león, y en la vida íntima la dulzura y resignación de un cenobita.

El pueblo y el clero eligieron á Boduino II, llamado Dabourg, pariente del antecesor y conde de Edesa.

Nuevas luchas siempre desastrosas combatían el imperio de los cruzados. El principado de Antioquía fué aniquilado por los musulmanes conducidos por Ilgazy, quienes derrotaron á Roger; empero el Monarca acude presuroso, vence á los infieles, y el mismo Ilgazy muere de repente.

Balac con sus correrías infundió por las orillas del Eufrates gran terror y espanto, los caudillos cristianos se vieron aherrojados, y hasta el mismo Boduino II cayó en una emboscada hábilmente preparada; la huida de Josselino trajo los asesinatos de los prisioneros por el vengativo musulmán, escapándose de tan atroz venganza sólo el Monarca.



Las cruzadas.—Boduino de Flandes en Constantinopla.

Tantos infortunios y descalabros, dieron bríos á los sarracenos del Egipto, quienes en poderosa y aguerrida hueste se dirigieron sobre Ascalón para lanzar á los francos de la Palestina. Los cruzados se defendieron con valor y denuedo, y á pesar de lo reducido del ejército tomaron la ofensiva. Aparece en la atmósfera un meteoro ígneo; el *fuego del cielo* cae sobre los musulmanes que llenos de pavor retroceden; empero los cruzados se creen favorecidos y se precipitan sobre sus enemigos, destruyéndolos completamente. Los restos de aquel ejército se refugiaron al abrigo de las murallas de Ascalón. Al propio tiempo rindieron los cruzados la ciudad de Tiro, y Boduino II adquirió la libertad. Los soldados de la Cruz tenían que defenderse de los califas de Bagdad y del Cairo, del príncipe de Damas y de los amires de Mossul, de Alepo y de los descendientes de Ortoc, jefe de una gran parte de la Mesopotamia. Este Monarca había abierto en persona el sínodo de Naplusa.

Á la muerte de Boduino II, ocupó el trono de Jerusalem el anciano Fulque conde de Anjou. El reino que fundara Godofredo se hallaba en su mayor apogeo y celebráronse varias alianzas que al parecer indicaban un porvenir más tranquilo. El conde de Joppe antes rebelde, fué asesinado traidoramente, y castigado el asesino.

Sin embargo, los emperadores griegos presentaron sus exigencias sobre Antioquía, y de aquí provino una guerra donde halló la tumba Juan Comneno su emperador. Fulques se había posesionado de Pancas que le aseguraba las fronteras de su reino por la parte del Líbano y murió de una caída de caballo (1145), cuando atravesaba la llanura de Tolemaida. Había perdido la memoria y todas sus facultades psíquicas se hallaban trastornadas; de manera que lejos de pensar en nuevos proyectos de conquista, procuró más bien conservar sus Estados.

Subió al trono Boduino III hijo mayor del antecesor, que apenas contaba 12 años, bajo la regencia de su madre la reina Melisenda. Es indudable que el reino de Jerusalem debió quebrantarse entregado primero á un anciano celoso, y luego á una señora y un niño. La prudencia de la reina y el valor temerario que dió á conocer el joven monarca al empuñar el cetro de Godofredo, no pudieron evitar la anarquía, las defecciones y las turbulencias de los cristianos.

En Europa el celo ardiente y el entusiasmo religioso de San Bernardo junto con la santa devoción del pontífice Eugenio III y del abad Sugerio, ambos discípulos suyos, prepararon una *segunda cruzada*, (1147 á 1149), que salvados los inconvenientes y graves dificultades salió para Tierra santa. Esta segunda cruzada tuvo por jefes á Luis VII rey de Francia y á Conrado II emperador de Alemania.

Boduino III aunque joven daba todos los días pruebas inequívocas de sus relevantes dotes; recibió á los cruzados después de haber sufrido toda suerte de infortunios, y juntos emprendieron la conquista de Damasco. Luis y Conrado no fueron muy afortunados en sus proyectos belicosos y casi puede decirse que en la mayor parte de sus empresas experimentaron grandes reveses y repetidas calamidades. La indisciplina se hizo sentir entre los cruzados, la discordia se apoderó del ánimo de los caudillos, y cuando se hallaban próximos á recoger el fruto de sus sacrificios con la toma de la Ciudad deseada, regresaron á Europa para infundir el terror y el espanto entre la cristiandad.

El espíritu anticatólico encontró ocasión oportuna, y la sátira y el sarcasmo se cebaron contra la fe y la piedad de los monarcas y grandes potentados que formaron parte de la segunda cruzada. No importa; el sentimiento religioso sobresalía siempre y los mismos jefes, acusados por su conciencia, buscaban en la austeridad y en la penitencia un lenitivo á sus desgracias para volver á la lucha con mayor empuje que antes. Respetemos, decía el Emperador, los altos juicios de Aquél á quien nadie se atreve á preguntar, *por qué habéis hecho esto...*

Boduino III había contraído matrimonio con la nieta del emperador Manuel (1133). Esta boda trajo una alianza y con ella la paz, para que el reino prosperase y se olvidara aquella antipatía que aun se conservaba entre griegos y latinos. El Monarca siempre activo y propicio á empuñar la espada ó blandir la maza, encontró su sepulcro en Beyrouth siendo muy joven: sus restos fueron conducidos á Jerusalem. Le sucedió en el trono su hermano Amaury, (1160).

Los cruzados en sus conquistas para dominar la Palestina, sólo obedecían al Santo nombre de Jesucristo y de su primer Vicario el discípulo predilecto de San Pedro; de quienes siempre se consideraron sus sumisos y fervorosos servidores. Muchas ciudades de Siria pagaron tributos á los francos que aspiraban á la gloria de haber tomado la iniciativa en las cruzadas, y con efecto, la lengua francesa fué la que más se difundió y mereció mayor aceptación y la que servía para comprenderse en las transacciones.

Los peregrinos hacían continuamente sus expediciones, donde se confundían en abigarrado tropel los obreros, menestrales, marchantes, hombres ociosos, muchachos abandonados, mujeres de todas clases y condiciones y hasta niños lactando, que, como dijo un cruzado testigo ocular, se parecía al pueblo de Israel atravesando el desierto. Muchas veces esta multitud desordenada arrojó los mayores peligros, sufrió grandes miserias y soportó toda suerte de infortunios. En estas repetidas calamidades y aun durante los combates oraban con fervor y con sus cantos y plegarias pedían al Dios de las misericordias la victoria para sus valientes hermanos.

Los años trascurrían en medio de triunfos y reveses sin que los sectarios del Profeta pudieran lanzar á los hijos de Jesús, ni éstos afianzar sus conquistas de Oriente de un modo estable y permanente. Los guerreros de una y otra parte se sustituían y se reemplazaban; cuando moría un cadí ó un amir, cuando faltaba un sultán no tardaba en tener un sucesor; lo mismo que el cetro de Godofredo pasaba de unos á otros monarcas sin que se debilitara su ardiente fe católica y el cariño para conservar los preciosos tesoros acumulados en aquellos santos lugares.

Los cristianos tuvieron con los infieles negociaciones de diferente carácter; celebraron tratados, se cruzaron cuantiosos intereses y en muchos pueblos reinaba una tolerancia político-religiosa, que unos y otros, vencedores y vencidos admitían con la más refinada hipocresía. Cuando el cadí y el amir de Cesárea preguntaron á los guerreros que habían sitiado la ciudad: «¿Por qué queréis invadir nuestro país y darnos la muerte, pues está escrito que Dios nos ha creado como á vosotros á su imagen?» Los cristianos respondieron: «No invadimos vuestro país, pero reclamamos una tierra que pertenece á los Apóstoles; no queremos tampoco heriros, mas el Señor ha dicho: *Yo soy el Dios de las venganzas, y la clava será lanzada contra aquellos que faltan á mi ley.*»

Amaury después de un reinado agitado y turbulento bajó al sepulcro, recién llegado á Jerusalem, no sin que antes hubiese aceptado el oro que le ofrecieran los amires de Damasco para que desistiera del sitio de Paneas (1174).

La cristiandad debía al fin experimentar un profundo y terrible sacudimiento, una catástrofe espantosa que pudo anegarla en sangre inocente y aumentar el número de sus mártires, un acontecimiento trascendental y funesto que inundó de pesar y dolor á los hijos del Crucificado. La Ciudad santa, la nueva Sión, la Jerusalem bendecida con la sangre del Redentor, había sido de nuevo conquistada por las huestes musulmanas acaudilladas por Saladino (1187). El Occidente viste de luto, la aflicción embarga el corazón de los católicos, y todos elevan al cielo sus plegarias y oraciones. El pontífice Clemente III y Guillermo, arzobispo de Tiro, predicán una *tercera cruzada* para que los Santos Lugares vuelvan al poder de los cristianos.

De nada había servido que el hijo de Amaury sucesor del cetro de Jerusalem recibiera el óleo santo y ciñera la corona con el nombre de Boduino IV. Este joven monarca devorado por la *lepra*, se vió expuesto á una menoria que se disputaron dos poderosos rivales: el presuntuoso y malvado Milón de Plenev y el altanero é impaciente Raimundo, conde de Trípoli.

Saladino había sabido triunfar de sus enemigos, y aparentando que su ambición se reducía al triunfo del islamismo, presentábase como sucesor de las

conquistas de Noredino, recibiendo del Califa de Bagdad el título de Profeta. Poco tiempo después fué proclamado sultán de Damasco y el Cairo.

Las excursiones de los francos no dieron resultado alguno, mientras que Saladino dominaba casi sin resistencia la dinastía de los Ayubíes. Atacó enseguida la Palestina, pero fué completamente derrotado en la llanura de Sarón próxima á Ascalón, en la mañana de la fiesta de Santa Catalina.

Los nuevos magnates venidos de Occidente no mejoraron el estado precario de los cruzados, que cada día era más aflictivo por las sequías y el hambre. Guido de Lusiñán había casado con la hermana del rey, Saladino se presentaba otra vez potente y sus soldados asaltaron el castillo del *vado de Jacob*, y como Boduino se hallara en un estado lastimoso á causa de su enfermedad, falto de vista y su cuerpo putrefacto, nombró regente á Guido; elección que no satisfizo á los cruzados.

Las defecciones que el monarca sufrió fueron terribles, así como las faltas del de Lusiñán dignas de censura, y fué reemplazado por el jefe de Joppe, coronando al hijo de Sibila con el nombre de Boduino V. La muerte del Monarca leproso, sólo sirvió para aumentar el encarnizamiento de los partidos. Boduino V también bajó al sepulcro siendo muy niño. El Patriarca coronó á la condesa de Joppe y ésta á su marido Guido de Lusiñán.

Saladino invadió de nuevo la Palestina, tomó á Tiberiades, y deseando los cruzados recuperarla tuvo lugar la sangrienta jornada que concluyó con el ejército del rey Guido de Lusiñán, el cual lleno de pavor gritaba, *¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡todo se acabó para nosotros, y el reino está perdido!*

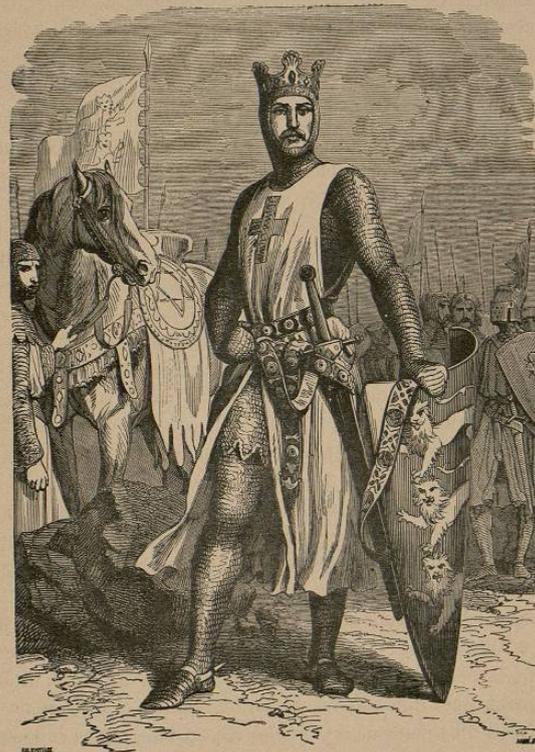
Saladino después de la victoria fué cruel y sanguinario. Tolemaida, Napisa, Jericó y Ramla abrieron sus puertas al vencedor, las demás ciudades corrieron la misma suerte que Tolemaida y el estandarte amarillo ondeó en sus torres y murallas.

Para Saladino, Jerusalem era la casa de Dios, y al pretender entrar en la Ciudad santa, que retiene en su seno el sepulcro del Hijo unigénito, un eclipse de sol cubrió la tierra de tinieblas, siendo inútiles los esfuerzos de Baleán de Ibelín en una defensa que sólo servía para aumentar el número de las víctimas y consumir los tesoros de los templos. La actitud heroica de los cristianos y el valor y arrogancia de Baleán salvaron la Ciudad santa y el vencedor admitió aquellas condiciones. Saladino sentado en su trono vió pasar aquel pueblo afligido, á cuyo frente marchaba el Patriarca acompañado del clero custodiando los ornamentos y los vasos sagrados.

El sentimiento religioso católico no se había extinguido entre los hijos de Jesús. Tal vez pudo estar latente ó permanecer velado por resentimientos é intrigas personales, por ambiciones mezquinas, que traían entre los príncipes

y poderosos magnates defecciones que pudieron debilitar el poder de los defensores de la fe.

Empero, á la augusta voz de los prelados y al santo llamamiento del Pontífice acudieron inmediatamente tres grandes y poderosos monarcas capitaneando



Ricardo Corazón de León.

sus respectivos ejércitos. Felipe Augusto rey de Francia, Ricardo *Corazón de León*, rey de Inglaterra y Federico Barbaroja emperador de Alemania. Todos llenos de fe é inspirados por el sentimiento religioso-católico, marcharon para conquistar segunda vez la codiciada Jerusalem.

El éxito de esta nueva cruzada, era la tercera, que se prolongó mucho más

tiempo de lo que se había calculado, no correspondió á las halagüeñas esperanzas que antes se concibieran; el ejército de Federico fué derrotado en Asia y el emperador pereció en Cilicia (1190); y los otros dos monarcas se vieron precisados á buscar un refugio en San Juan de Acre. Las fatales emulaciones y la soberbia, siempre mala consejera, despertaron una rivalidad, por cierto, incalificable pero peligrosa, que impulsó á Felipe para que regresase á Francia (1191), dejando á Ricardo en situación nada ventajosa si tenía que continuar la lucha en Palestina. Este Monarca pudo al fin conseguir de Saladino una tregua de tres años.

Semejantes contrariedades al paso que afligían á los católicos daban bríos á los musulmanes, y la cristiandad buscó la reconquista del Santo Sepulcro en una *cuarta cruzada*, que con católico fervor predicaron el pontífice Inocencio III y Fulques de Newilly (1202 á 1203). Tomaron la dirección de los cruzados Boduino IX, conde de Flandes; el senescal de Champaña, Villehardoin; Bonifacio II, marqués de Montferrato y Enrique Dándolo, dux de Venecia.

Parecía que con tan buenos auspicios los resultados debían ser completos; sin embargo, el ejército de los cruzados no pasó de Constantinopla, desalojando á Alejo el *usurpador* (1203), para que ocupara el trono Alejo IV, llamado el joven. Empero la ciudad de Constantino había sido de nuevo avasallada por otro tirano apellidado Murzuphle ó Alejo V, que tuvo la audacia y temeridad de declarar la guerra á los cruzados. Éstos se apoderaron otra vez de ella, y el imperio griego se dividió entre sus jefes, tomando Boduino IX el nombre de emperador. El tirano, en castigo, fué arrojado desde lo alto de una columna. En la distribución los venecianos se hicieron dueños de los puertos marítimos mejor situados.

Á la muerte de Saladino le sucedió su hermano el valiente Malek-Adel: entonces se entablaron ciertas relaciones diplomáticas aunque sin resultado alguno.

Posteriormente se emprendió la *quinta cruzada*, que predicó el papa Honorio III (1217 á 1221), y á pesar de estar encomendada al valor y pericia de Juan de Briena, que ya se titulaba rey de Jerusalem, y de Andrés, rey de Hungría, tampoco dió resultado alguno. Éste tuvo que retroceder para sujetar las sublevaciones de los magnates, y aquél tomó á Damietta, para abandonarla muy pronto.

La *sexta cruzada* se realizó de 1228 á 1229, bajo el pontificado de Gregorio IX, estando encomendada al emperador de Alemania, Federico II, que entró en los Santos Lugares sin obstáculos, donde se coronó rey de Jerusalem.

Las dos últimas cruzadas pertenecen á San Luis rey de Francia. La primera, *séptima*, tuvo lugar de 1248 á 1254 siendo pontífice Inocencio IV, y la otra, *octava*, de 1268 á 1270, durante el pontificado de Clemente IV. Aquella se dirigió

contra Egipto, tomaron á Damietta y obtuvo notables ventajas sobre los masures; pero la peste se había desarrollado en el ejército cristiano, el Monarca quiso sostenerse en su puesto y cayó prisionero. La libertad de Luis IX se consiguió con grandes sacrificios, pasó luego á Palestina donde permaneció cuatro años ocupado en fortificar varias plazas, volviendo á Francia en 1254, después de haber fallecido la reina madre Doña Blanca que ejercía las funciones de Regente del Reino, durante la ausencia del monarca su hijo.



Federico II se corona rey en Jerusalem.

En la otra cruzada, que era la octava, el Monarca francés iba acompañado de sus tres hijos y del rey Eduardo de Inglaterra (1270). Desde luego se dirigieron sobre Túnez, abrigando la esperanza de convertir á Mohammad el Mostanser; pero apenas llegado bajo los muros de la ciudad, se vió acometido de una enfermedad contagiosa que lo llevó al sepulcro. Su hermano Carlos de Anjou tomó el mando del ejército, consiguió algunas ventajas sobre los sarracenos, obligó á Mohammad á pagar todos los gastos de la guerra y se reembarcó para volver á Francia.

Después de esta última expedición las colonias cristianas establecidas en el

Oriente bajo la protección y amparo de los cruzados, fueron destruidas y saqueadas, y la Palestina volvió otra vez al yugo mahometano.

Pasadas tantas desventuras, el poder de los turcos avanzó hacia el Danubio, la Hungría sostuvo con heroísmo una lucha continuada para encerrarles dentro de la ciudad de Constantino, y la voluntad omnímota del emperador Carlos V impulsada por su genio, avasalló la ambición de Solimán que de otro modo continuara sus rápidas y destructoras conquistas. Los sectarios del Korán profesan una religión que los conduce al quietismo y los arrastra á la inacción; hé aquí porque sus conquistas se vieron muchas veces paralizadas y detenidas por una civilización progresiva al amparo del Catolicismo.

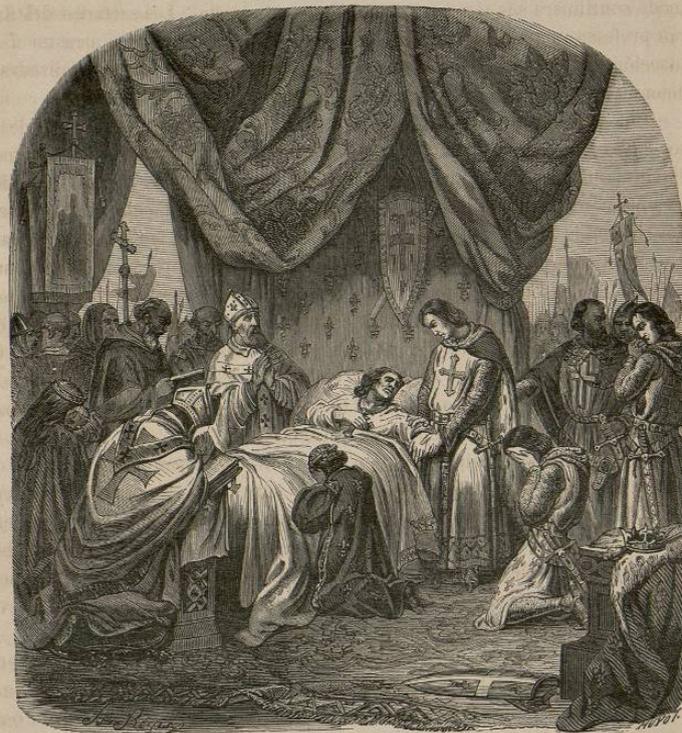
¿Qué consecuencias produjeron las Cruzadas para el adelantamiento de la sociedad? ¿Qué bienes y mejoras adquirió aquella civilización?... No hemos escrito la historia de las Cruzadas ni mucho menos; empero, á pesar de todo, estamos convencidos que nadie negará, sin faltar á la evidencia, que las Cruzadas, fueron el gran acontecimiento del último periodo de la Edad media, y un espectáculo sorprendente para las generaciones contemporáneas. Todas sus marchas, todas sus penalidades y sufrimientos, todas sus victorias y reveses ejercían en Europa una influencia fascinadora, que sumergía á los católicos en grandes trasportes de entusiasmo y alegría ó en profundas manifestaciones de arrepentimiento por medio de ayunos y plegarias. El choque de sus armas con las de los infieles resonaba en toda la Cristiandad y sus centellas inflamaban el corazón de los creyentes en la fe de Jesucristo.

Como al mediar el siglo XV y en el XVI, los libre pensadores sacaran de nuevo la escuela materialista, defendiéndola con inusitada ceguedad, las Cruzadas fueron calificadas de un modo asaz inconveniente; pero en los siguientes, esto es, en el XVII y XVIII se lanzaron con mayor ensañamiento sobre estas santas y nobles expediciones, toda suerte de dictérios y acriminaciones, siendo ultimamente Voltaire y los enciclopedistas franceses quienes llevaron el estandarte, fulminando sus anatemas contra el piadoso San Luis.

¿Qué importa? La opinión pública comenzaba á modificarse; estudios detenidos é imparciales daban á conocer mejor la historia y aspiraciones de estas conquistas, y no faltó algún autor distinguido, como el señor Robertsón, ó alguna sabia Academia, que llamara la atención del mundo ilustrado acerca la influencia que pudiera tener la conquista de Tierra Santa por los cristianos, en el progreso y libertad del desarrollo del espíritu humano. Desde luégo las Cruzadas fueron consideradas como un elemento civilizador: opinión que aceptaron la generalidad de los sabios.

¿Quién duda que la legislación establecida por los cruzados al conquistar la Palestina, ha servido en los siglos posteriores para mejorar la que imperaba

en la Europa ya llamada civilizada? ¿Cómo negar que muchas de las costumbres de nuestros antepasados fueron corregidas y modificadas por las que trajeron del Oriente los cruzados? Y sin mencionar ahora el rudo golpe que el feudalismo recibiera por todas partes, sin pararnos en analizar como el sentimiento liberal se inoculaba por medio de los Concejos ó Comunes, ni como las



Muerte de San Luis.

reformas en el orden público y en la higiene iban ganando terreno; diremos á la ligera que las artes industriales y manufactureras comenzaron á echar raíces, floreció el comercio, prosperaron las ciencias y vimos á dos pueblos, el Oriente y el Occidente, darse el fraternal abrazo para marchar juntos en busca de una común civilización, asegurada y garantida con el santo y sagrado

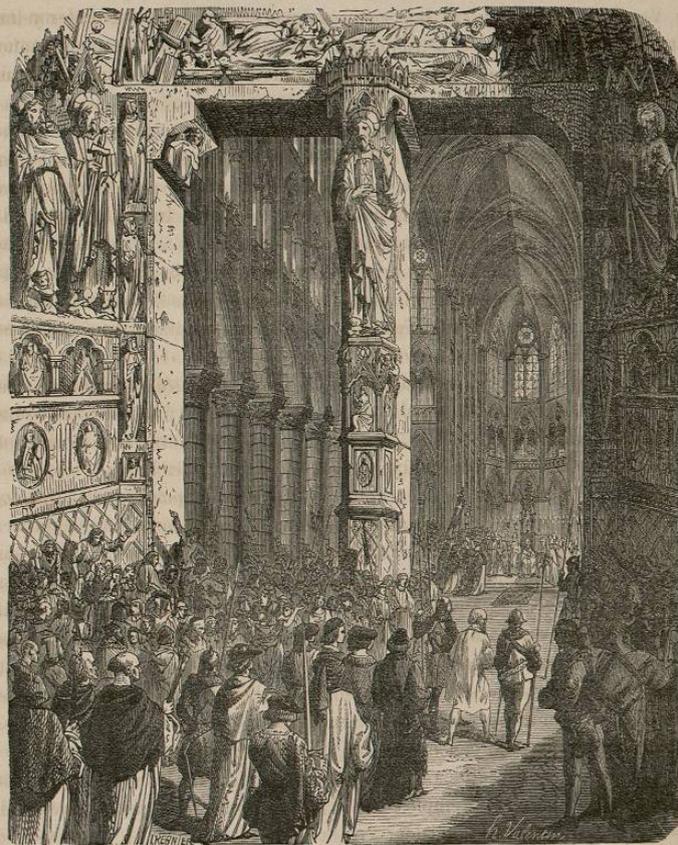
vínculo de la Religión católica. Aquellas costas berberiscas inaccesibles antes, fueron frecuentadas por el comercio; los piratas desaparecieron, la crueldad y la barbarie huyeron doquiera que la Cruz de la Redención fijó su imperio y los sabios y los viajeros penetraron en el interior de África para descubrir nuevos horizontes. Bien puede decirse que con las Cruzadas los mares y los continentes habían adquirido la libertad natural para que el linaje humano pudiera comunicarse por todos los ámbitos de la tierra. La construcción de las naves, que hoy llamamos arquitectura naval, adquirió notable perfeccionamiento, se exploró el fondo de los mares, se observaron la dirección e intensidad de los vientos, de las corrientes y de las mareas, y tanto la náutica como la hidrografía adquirieron un conjunto de conocimientos prácticos de gran estima y valer para la navegación. Preciso será que los detractores de las Cruzadas depongan sus enojos y convengan con nosotros que las expediciones de los cruzados fueron civilizadoras, y que entre muchas cosas que pudieran citarse, corresponde a España y en particular a Barcelona, la gloria de haber presentado al comenzar el siglo XII un código marítimo, quizá el primero que se conociera, el cual arreglaba los derechos de los navegantes. Este código fué redactado por los *pro-hombres de la mar* de Barcelona. Los venecianos, los pisanos y los genoveses lo aceptaron con entusiasmo, y con el nombre de *Consulado del Mar*, era el derecho común tanto del Mediterráneo como del Océano. Entre las leyes marítimas de la Edad media recordaremos las *Ordenanzas de Wisbi*, los *Juicios de damme* y sobre todo las *Rotas ó tribunales de Olerón*, que han servido de fundamento para otras legislaciones.

Las artes plásticas adquirieron nuevos y positivos adelantos, y hasta los hombres de armas, avergonzados del oficio, comenzaron á olvidar sus malas pasiones para confundirse con el pueblo. La agricultura conoció especies vegetales que importó con asombro general; la zoología otros seres que motivaron especiales estudios; el mosaico hasta entonces admirado, y la pintura sobre el cristal del todo desconocida, tomaron en Europa carta de naturaleza para ser el fundamento de importantes industrias; hasta la arquitectura, olvidando las formas graves de Grecia y Roma, aceptó el gusto oriental.

En esta última época de la Edad media tuvieron lugar dos grandes acontecimientos, tales fueron el célebre proceso de los Templarios y la expedición de catalanes y aragoneses á Grecia.

Nadie puede poner en duda que el arte, bajo el amparo del sentimiento católico, adquirió grandeza y majestad, y como dijo Hegel, «apareció inspirado por un espíritu dominador é incommensurable, moviéndose libre en las puras formas del infinito.» La pintura y la escultura vinieron á espiritualizarse en los recuerdos misteriosos y sacrosantos del Hombre-Dios y su sacrificio en el Cal-

vario. Y la música religiosa con sus sublimes melodías y sus cantos severos arrobó el alma de los católicos para elevarlos á las regiones de los ángeles. ¿Habéis oído alguna vez el *Te-Deum*, el *Ave Maria*, el *Stabat Mater*, el *Miserere*, el



Raimundo VII de Tolosa cumpliendo una penitencia en la iglesia de Nuestra señora de Paris.

Regina caeli, ó el *Dies iræ*?... Si sois católicos de seguro los habéis oído, y vuestra alma se ha visto extasiada para volar á los cielos y echarse en brazos de la purísima Esposa de Jesús. Dentro de nuestras basílicas, debajo de aque-

llos atrevidos arcos, epopeyas que representan una civilización vigorosa que dá á conocer las glorias de Jesucristo, se ve la ciencia sagrada y la síntesis de las verdades que unen al mundo natural con el sobrenatural.

Veamos ahora, siquiera sea someramente, la marcha que siguieron las ciencias de aplicación y experimentales, que desde remotos tiempos venían avanzando con lentitud por el campo de la práctica y la rutina, sin que la luz filosófica sirviera de guía á sus difíciles conquistas.

La química manual ó el conocimiento empírico de varias preparaciones que se conocían de anteriores épocas, el uso de ciertos productos para las necesidades de la vida, la confección de artefactos que servían de base á muchas artes ó industrias, se transmitía por la tradición oral desde la India, la China y la Fenicia, ó del Egipto, de Grecia y de Roma, pero la ciencia no había establecido aún sus preceptos generales, los principios que la sirven de fundamento se ignoraban y las leyes que rigen al mundo de las acciones moleculares no fueron siquiera vislumbradas de la antigüedad. La ciencia experimental no existía en el concepto de *ciencia verdadera*.

En vano pretenderíamos buscar entre las escuelas filosóficas que hemos recorrido, ni mucho menos en los estudios que se refieren á las ciencias físicas y naturales propiamente dichas, una explicación satisfactoria, una teoría científica que pudiera servir de fundamento para dar á conocer las reacciones y fenómenos de la química. En buen hora que entre los egipcios y otros pueblos antiguos se conocieran ciertas artes basadas en la experiencia, y que aplicasen con recto criterio el de interrogar á la naturaleza por medio de pruebas y ensayos; pero es lo cierto, que la ciencia era desconocida, que sus axiomas fundamentales se ignoraban y la antorcha de la teoría no iluminaba á la razón para buscar las causas de los fenómenos naturales. Repetimoslo otra vez; no había *ciencia experimental*.

La práctica precede siempre á la teoría, ha dicho con razón el señor Hoefler. Todas las industrias son más antiguas que la ciencia; ésta viene después para conciliar la teoría con la práctica. ¿Ni cómo podían esperarse adelantos en la especulación científica, si los primeros rudimentos se encerraron con misterioso énfasis en los templos de Tebas y de Menfis? Los depositarios de la *ciencia oculta* eran los iniciados, y para ello se hacía preciso revestirse del carácter sacerdotal, reservado como privilegio á ciertas castas y familias.

Los filósofos de la escuela alejandrina más tarde nada adelantaron, el *arte sagrado* constituía para ellos la ciencia de las reacciones, y á pesar de su jerarquía entre el sacerdocio y de la inspiración en aquello que provenía de la Religión revelada, cayeron en los errores propios de su tiempo, cuando faltos

de la observación y de los estudios experimentales, quisieron penetrar en aquellos fenómenos tangibles por excelencia.

Empero esto no produjo *conflicto* alguno. Las hipótesis y las teorías han tenido sus secuaces y adeptos, que las han sostenido con todo el calor y entusiasmo de una convicción profunda.

¿Quién duda que el agua que bebemos, calentada se convierte en vapor y deja un residuo sólido? Hé aquí un hecho innegable que preocupó á los antiguos, y de él dedujeron como verdad inconcusa, que el agua se transformaba en aire y tierra. Se calcinaba el plomo y se convertía en cal; se calentaba esta cal con granos de trigo y el plomo revivía. ¿No decían que transformaban el hierro en cobre, porque en una solución de vitriolo azul (sulfato cúprico) introducían una barra de hierro que desaparecía para presentarse otra igual ó parecida de cobre? ¿Cómo negar estos fenómenos basados en la práctica y en experiencias que todos podemos repetir?

De aquí aquel axioma alejandrino, *que en la naturaleza nada perece, todo se transforma*; de suerte que para aquellos sabios la *transmutación* de la materia era un hecho real y evidente. Véase, pues, como la teoría de la transmutación de los metales estaba cimentada sobre sólidas bases y en axiomas esencialmente prácticos y experimentales. Negar estas verdades hubiera sido en aquellos tiempos aventurado é inconveniente... Sin embargo, nada hay más absurdo, ni más erróneo en nuestros días, que semejantes hipótesis y teorías transformistas á pesar de su empirismo.

De aquí nacieron los *alquimistas*, que siguieron el mismo camino con extraordinaria constancia y sacrificaban fortuna, hacienda y hasta la vida para resolver los dos grandes problemas que recibieron como por vía de herencia; tales fueron, la transmutación de la materia, según hemos apuntado, y la prolongación de la vida hasta lo infinito sin tocar por la triste ancianidad: la *pedra filosofal* y la *panacea universal* fueron el objetivo de sus delirios científicos.

La alquimia, ha dicho un autor distinguido, fué la *química* de la Edad media. (El doctor D. Rafael Sáez Palacios, que acaba de bajar al sepulcro: junio de 1883).

Hacia el siglo VIII, Gheber (Abén Moussa-Djafar-Alsofi), fué el primero que se presentara ante el mundo científico como fundador de la escuela árabe experimental. Su libro *De summa perfectionis* se considera por los eruditos la obra más antigua de química, donde la ciencia de las reacciones se halla emancipada de la medicina.

Se admitían ya algunos principios simples, entre los cuales se colocan el mercurio, el azufre y el arsénico; se aceptaron ciertos agentes que sirven de

fundamento á la teoría, como las sales, el vitriolo, el vinagre y el fuego; se indicaron medios para ayudar al arte, como la calcinación, la solución, la destilación; se perfeccionó el alambique; se descubrió el ácido nítrico y el sublimado corrosivo; se habló del agua-regia y del elixir rojo; y el arte de la farmacia y la terapéutica hallaron nuevos agentes que aumentaban el catálogo de los medicamentos conocidos.

Preciso será volver otra vez la vista á los árabes. Ellos se titulaban maestros de la humanidad, y aspiraron á sujetarla al carro triunfante de sus conquistas; empero, en las ciencias no fueron más que los naturales continuadores de los filósofos alejandrinos. Los árabes cultivaron con poco lucimiento la historia, y sus libros están plagados de prodigios, fábulas y maravillas que rechaza una crítica razonada; se intitulan fundadores de la farmacia y maestros de la química; pero no sabemos que establecieran doctrina alguna, ni que inventaran una teoría capaz de formar escuela. Por más que buscamos un descubrimiento de primer orden ó fundamental ó una teoría basada en las leyes de la materia, no la encontramos.

Desde el siglo XI el escolasticismo y la dialéctica sirvieron de auxiliares á la teología, y aspiraron á dirigir las ciencias en sus diversas evoluciones. El arte de discutir fué para los padres del peripato un manantial inagotable que robusteció los estudios abstractos y metafísicos en detrimento de la ciencia experimental, que estaba oprimida y avasallada.

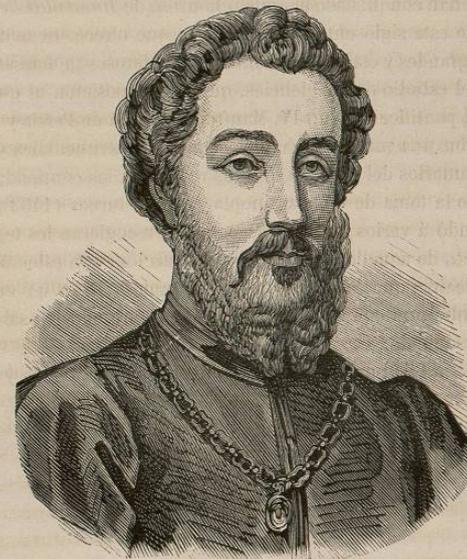
La Iglesia católica había luchado con tesón contra el oscurantismo, y hallando con el espíritu refractario á toda idea civilizadora impulsó el progreso en la esfera del pensamiento, allanando por este medio el camino á los estudios experimentales y de observación que todavía permanecían envueltos en el misterio. Verdad que la ciencia, antes constituida por los Santos Padres aventajó á la que legara la antigüedad clásica, y sus levantadas aspiraciones fueron principios fecundos de vida científica para lo porvenir. La Iglesia de Jesucristo fué el poderoso elemento civilizador que luchó frente á frente con el ferreo poder de los grandes y pequeños déspotas y con la ignorancia de la Edad media.

La filosofía escolástica influida por el averroismo; pero falta en el fondo de originalidad, había no obstante subyugado el espíritu científico de los siglos XII y XIII; y sus principios ejercieron notable presión en el desarrollo intelectual. Y si bien las sostenidas contiendas entre nominalistas y realistas tenían absorbidos los talentos más fecundos y vigorosos, llegaron no obstante á demostrar ya en el siglo XIV, el vacío de la escolástica, á pesar de su refinada dialéctica.

Durante el siglo XIII se crearon las Universidades de Nápoles, Bolonia y

Padua en el reino de Nápoles; la de París tomó mayor incremento y se fundaron las de Montpellier y Tolosa; las de Oxford y Cambridge en Inglaterra; las de Valencia, Tortosa y Salamanca en España; la de Roma, y, por fin, las de Coimbra y Lisboa en Portugal. Inocencio III por medio de una Bula garantizó á los profesores y escolares de la excomunión, y los reyes y magnates les concedieron privilegios y distinciones.

Aquellos que en sus especulaciones guiábanse únicamente por la observación y la experiencia, engreídos con el retumbante título de *alquimistas*, eran



Marco Polo.

los representantes de la *Ciencia grande* por excelencia y continuaban afanosos buscando la *pedra filosofal*.

De poco sirvió que el célebre Rogelio Bacón, franciscano y discípulo de Alberto, estableciese las leyes de la física experimental y diera á conocer importantes descubrimientos, ni mucho menos los adelantos de Ripley y los escritos de Hermesius; todos se entregaban con afán á la transformación de la materia y á buscar la misteriosa *panacea universal*, que tanto halagaba las risueñas esperanzas de ricos y poderosos.